

5 POEMAS INÉDITOS DE MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

EL PUENTE QUE SE EXTIENDE DE UNA EDAD A OTRA

EL puente que se extiende
de una edad a otra edad, por donde pasa el tiempo
sin ver, por donde pasamos
hora a hora, tantos años
ya, tantos siglos, está ahí, seguro de sus viejos
maderos, arco único.

Sin embargo, ¿quién se atreve
a cruzarlo, aunque la claridad
esté al otro lado, y rodeada por un alto muro
la casa se ilumine?

Florece la rosa de piedra
en el zaguán, y, entre el espino resplandeciente,
sus símbolos nos traen
el rumor de la lluvia,
lo que no sabemos dónde se ocultará, el miedo
del ángel que duerme
en nuestra cabeza y se niega a posesionarse
de la habitación.

Viajeros trashumantes, mitos
por ferias nocturnas o errantes mercados,
dispuestos estamos a conceder
la venta de nuestro dominio.

Firmada la ley, lebre
en su fundación desconocida, vamos
inscribiendo nuestro nombre en el pergamino
de su magisterio.

Seremos los centinelas del fuerte,
donde llora la víctima, y el rey,
desde la cama, mientras se enfría el desayuno,

dicta la orden de lo oscuro
entre la seda de las colchas y los ojos que miran
cómo se configura el pánico
de su diabólico anillo.

No volveremos más. El ocio
que promulga el edicto nos salvará
de la ira, y entre las velas, conocida la verdad,
murciélagos decapitados, vagaremos
por el carnaval del insomnio.

COMO UN RECORDATORIO QUE NO FUE ESCRITO

HEMOS puesto nombre
a este artificio
que engendra nuestro vivir. Hemos dicho amor y no era
sino una torpe sustitución
de maleficios y aventuras
que estaban escritos en nosotros desde antes de nacer.
Hemos llamado verdad a este ofertorio
de sucesos interiores que se alimentan de voces
nunca oídas, contratiempos
oscuros, pacíficos venenos.

Ah todo trabajo de la carne
es un justo impropio en nuestra breve
temporalidad. Crece el mal
abriendo compuertas cuyo existir desconocíamos,
canalizando sus puñales
en muy distintas direcciones,
apuntando hacia una víctima que sólo en nosotros
se configura.

A veces, cuando el calor huye
de otros cuerpos y nos da la respuesta,
intentamos asegurar nuestro poder, creamos
un trópico de maldiciones, y, en esta nueva travesía,
escribimos el testamento

que muchos siglos después,
Se alzaré, seguro, con la victoria.

Seré el ser un día
en su última máscara reconocido,
y saliendo de los escombros que lo coronan,
contaré sus oráculos
de sombra, el beneficio que ha obtenido del préstamo
en que se constituyó, será de nuevo el muro
que quiso sustentar, el alba
antípoda de su memoria,

y en su fugaz etapa, llave
que la tiniebla apartará, mortal
perpetuo, como un recordatorio que no fue escrito,
así el espectáculo de sus mitos
entre los requiems y las palmas ennegrecidas
se ofrecerá, y, templo visitado
por las hormigas, el olvido extenderá el sudario
que nunca podrá hablar
de eternidad.

EL OJO SE SABE DONDE SE ESCONDE SU MALDAD

EL ojo sabe donde se esconde su maldad,
y sin embargo no renuncia a su ley, escala
cada uno de los relieves que toca,
dilucida sufrimientos, inventa mentiras, da calor
al frío universo que con solemnidad
proclama.

El día, ¿espera ver así la luz
que compone su vida? ¿Quién conoce ya
el sonido de sus metales o cae
en su labiada voz?

Nunca, nunca la aventura
se decide a cerrar su victoria;
cree que una dorada voz llegará del espacio

y hablará con su acero
a lo que niega el silencio.

 Pero el tiempo,
cerrada su leyenda, logra el triunfo,
es un ave o una aurora invernal,
cuenta las estaciones
y a cada movimiento se detiene, sabe escuchar
una queja, el latido que expresa
su cinerario adiós.

 Ahora, el ojo —no sabemos—
penetra otra cabeza, juega
su destino a otra suerte, recorre una galería
que antaño fue prisión, sabe
que su duelo desborda la noche, y los signos,
desprendiéndose, alcanzarán la orilla
de su carne hecha muerte,

 y, sólo así, atento
como una siempe en su nidal,
el cuerpo que circunda puede entregarse,
antes de que las piedras, los láticos o los cuchillos
pongan en su piel la huella
de su maldición.

 El ojo esconde su maldad
licuada en su incesante osario giratorio.

DE VÉRTIGO A MEDIODÍA HABITADOS, CIEGAS DIVINIDADES

DE vértigo a mediodía habitados,
ciegas divinidades de lo desconocido, pan que sentencia
la caída del rostro,

 así vuelven de su viaje por lo oscuro,
y en medio del desconcierto,
cuando el dolor queda, emplazan su cábala de pena
y maldiciones.

El sol, comido por los mitos, se adentra
en sus bocas, un mar creciente
se agita en sus cuerpos como un hogar sin llamas ni ceniza
y al fondo de los años inventa
el sencillo instrumento que los señalará.

Pero el agua,
vendándoles los ojos, negándose a su implacable
movimiento, hará que vuelvan
a su república de velas y sollozos, modelará su estirpe
con una música creada para otro infierno:
un espejo estridente
que sólo refleja la danza de sus huesos.

Amargo luto son,
buhoneros del tedio y el desengaño,
pero el vaho de sus mantos alcanzará la otra orilla
del mundo, donde están secas las tierras,
los arados tardíos, el hambre pregonando sus sílabas
por las puertas, donde el olvido, la ira,
el golpe del verano y su cuchillo reparten la tristeza
como un veneno hermoso.

Dormidos astros en su nidal,
derrotados los días, noche sola la patria,
un largo río de sangre por su cara circula y el fuego
en sus dientes se extiende
como una alfombra mortal.

Pues amen o maldigan, arañas
del sacrificio son, afilada vejez,
contraluz de unas máscaras que esculpen sus cicatrices
y dejan su saliva escrita
sobre muertos y piedras.

SE HIZO LA IMAGEN EN EL ESPEJO

SE hizo la imagen en el espejo
y, como anuncio de unas leyes

que nunca nos serían reveladas, vimos la vejez
oscurecerse bajo la sábana,
nacer cierto maleficio entre las cosas,
decir el tiempo adiós
en nuestra cruz sola.

Arañas las manos, torpe
penumbra cerrándose en la boca,
¿qué valía una palabra, un signo, si la hora
sembraba la ceniza de la muerte?
¿Qué valía una verdad, la tizne del perdón,
si el rostro era ya exilio y huía
perseguido por un coro de sordos, inmortales
cuchillos?

Quien ha oído abrirse la cerradura
del dolor, quien ha tocado una frente
con desesperación y puesto
el luto de sus años en una piel ardida, sabe
que, cuando llega el día,
del amor sólo queda una marca de salitre,
un negro olvido.

Pues todo amor siempre se rodea
de mitos y desgracias, siembra su lluvia
de veneno en nuestra carne o edifica sus ruinas
para una eternidad que no puede ser obra
de una posesión
que nunca se conoce.